



ROMANCE DE DURANGO.

“ Que mueran esos traidores
“ Que usted celoso custodia;
“ Que les tiren por la espalda,
“ Cuidando mucho la tropa
“ No apuntar á sus cabezas,
“ Y que las talaes ropas
“ Les vistan despues de muertos
“ Con respeto y ceremonia;
“ Que al fin por ser sacerdotes
“ A la Santa Iglesia se honra.
“ Durango, á quince de Julio.”
Y así concluyó la nota
De don Bernardo Bonavia
Contra los nobles patriotas
Que á la partida de Hidalgo
Se quedaron en Monclova.
Alguno, como caudillo,
Dió á la patria honor y gloria;
Otros, en su ministerio

Ejercieron santas obras
 En la mision sacrosanta
 De paz y misericordia.
 Suenan roncós los tambores:
 Allanda manda en persona,
 La ejecucion presidiendo
 Vil traidor y con faz torva.
 Y de dos en dos los padres
 Que la comitiva forman,
 Van, con espanto del mundo,
 Como procesion de sombras,
 Majestuosos y tranquilos,
 Sin orgullo y sin congoja.
 La gente en hondo silencio
 A verlos pasar se asoma,
 Y se retira callando,
 Mas conmovida y llorosa.
 Balleza, Conde é Hidalgo
 Van con reforzadas tropas;
 Medina y Jiménez rezan
 Sin cuidarse de su escolta.
 De pronto recia descarga
 Su eco en la ciudad prolonga,
 Y á poco Allanda y Saavedra
 Tornan frente de la tropa,
 Que redobla sus tambores
 Cual despues de una victoria.

ROMANCE DE LA DEGRADACION.

Es del triste Hospital el patio extenso:
 En su amplio corredor se alza un tablado
 Revestido de negras colgaduras:
 En el fondo el dosel, sillones anchos,
 La mesa y el sangriento Crucifijo
 Entre dos llamas, lúgubre imperando.
 Bajo el dosel contéplase sombrío,
 Rígido, inmóvil, cual de duro mármol,
 Con su bonete de encumbrados picos,
 El ojo hundido, y cual cadáver pálido,
 Evitando del vulgo las miradas,
 Al doctor Valentin, que de Durango
 Representa al Obispo, y ejecuta
 Servil y sin conciencia sus mandatos.
 A su lado se agrupan reverentes
 Dignidades de Iglesia y los prelados
 Que oficioso llamó como auxiliares.
 Para el juicio sacrílego de Hidalgo.
 El ojo sin fijarse, torvo el rostro,
 Difícil respirar, visible espanto,
 En el opuesto grupo está Salcedo,

De angosta frente, el pelo alborotado,
 Llevando al cinto espada formidable
 Y alto baston como señal de mando.
 Esbirros de la Curia, Ricos homes,
 Intrusos, y sirvientes, y soldados
 Se ven al rededor de aquel asiento
 Y cubriendo compactos su respaldo.
 Despues, desde las gradas, por doquiera
 Cerco macizo, muro continuado
 De tropa con la mano en los fusiles,
 Estúpido el mirar, mudos los labios.
 Luego la multitud, como de estatuas,
 Como algo de terrífico esperando.
 El sol, como asustado, iluminaba
 La pavorosa escena con sus rayos.
 Iba á verse el fatídico divorcio
 Del siervo del Señor y el cielo airado:
 Ibase á ver á la Sagrada Madre
 A su hijo á los verdugos entregando,
 Con estupor del espantoso infierno,
 Del mundo y de los cielos con escándalo.
 Solo, de pié, tranquilo, se descubre,
 Alta la frente, al impassible Hidalgo,
 Con su misma mirada penetrante,
 Su frente calva y su cabello cano.
 A una leve señal surgen veloces
 Esbirros negros y de angostos hábitos,
 Que alba y amito, cingulo y estola

Llevaban diligentes en las manos,
 Pero era el color rojo como signo,
 Traduce el vulgo, de irrision y escarnio.
 Le revisten á Hidalgo, y así espera
 Entre el silencio y entre el mudo llanto.
 El que impera, le ordena se arrodille,
 Con tono breve, ronco y destemplado,
 Y extiende majestuosa é imponente
 Al Crucifijo la convulsa mano.
 Hidalgo se arrodilla, y aparece
 Un misionero á quien llamaban Santo
 Y que era del canónigo verdugo
 El hombre venerado, y secretario.
 Tal era el padre Rojas, noble pecho,
 Consuelo, amigo, salvador de Hidalgo.
 Servidor de la Iglesia, la obedece;
 Hombre, se le admiró tierno y humano.
 Con voz que sofocaba la honda pena,
 Leyó el terrible, el implacable fallo
 De la degradacion, y los sollozos
 Reprimidos brotaron de sus labios.
 En la sentencia, el odio y la calumnia
 Depositaron ponzoñosos rayos,
 Y del rencor la baba venenosa
 Sobre cada renglon dejó su rastro.
 Y el colmo del cinismo, y lo supremo
 Del proceder cruel, lo más villano,
 Es, que se dice al fin de la sentencia,

Despues de haber al reo degradado
 Y entregado al verdugo á su capricho
 Inerme al sacerdote abandonando
 "Tenedle compasion, no le deis muerte;"
 Despues de asegurarlo en el cadalso,
 Como quien pone una ascua de ironía
 Sobre la herida que se ve sangrando.
 Y en medio á tal horror, ni un ¡ay! ni un gesto
 Se oyó ni vió del impasible Hidalgo.
 Los cuervos clericales se abalanzan
 Y pieza á pieza arrancan ensañados,
 Murmurando estupendos anatemas,
 Al Dios de amor infames calumniando
 Y de morder y devorar sedientos,
 La frente le royeron y las manos,
 Dizque para arrancar hasta el recuerdo
 De la gracia y del óleo sacrosanto.
 Y así, rendido, objeto de la farsa,
 Parodiando el martirio y el Calvario,
 Al Procónsul Salcedo y á los suyos,
 Y á los que conoceis, Abella y Bracho,
 Con petulancia los esbirros negros
 A Hidalgo silenciosos entregaron.
 El preso mudo va; fórmanle escolta
 Los prevenidos grupos de soldados
 Y á poco, todo solitario queda,
 Dando el sol al dosel, y en el tablado.

ROMANCE DE HIDALGO PRESO.

Está don Manuel Salcedo,
 Estirado Comandante,
 Enfrente del Cabo Ortega,
 Y enfrente don Melchar Guaspe,
 Que van á servir á Hidalgo
 De guardias y vigilantes.
 Da unos pasos en la estancia,
 Anubla el severo empaque,
 Y en voz imperiosa y ruda
 Les intima aquestas frases:
 "Id al cuidado del monstruo,
 "Que ni vea, ni oiga, ni hable;
 "Que le envuelvan las tinieblas
 "Para que ni el suelo manche,
 "Y que el aire le dé apénas,
 "Porque puede emponzoñarle."

En silencio se despiden
 Los dos sirvientes leales,
 Y al calabozo de Hidalgo
 Los dos silenciosos v \acute{a} anse.
 Hidalgo, el querido anciano,
 Nuestro bien y nuestro padre,
 Estaba enterrado vivo,
 Sin zozobra y sin quejarse.
 Est \acute{a} tan tranquila su alma,
 Que le da paso al donaire,
 Y en secreto se enamoran
 De su condicion amable.
 Ortega como hijo le ama,
 Le ama como hermano Guaspe,
 Vaca le sirve afectuoso,
 Que es en todo ejemplar padre.
 Alto, seco, mas chistoso
 Y oportuno como nadie,
 El padre Rojas dirige
 Sus cosas espirituales.
 Rojitas le llama el pueblo
 Por lo fino y lo tratable;
 Y era un prodigio de ciencia
 Entre modestos sayales.
 Y era un triste calabozo
 En donde se ahogaba el aire,
 Y donde la luz tocaba
 En el sitio agonizante.

Las horas del alimento
 Eran de breves solaces;
 Sucias y h \acute{u} medas paredes,
 Mesita al desvencijarse,
 Con una hu \acute{e} rfa \acute{n} a silla
 Mensajera del desastre,
 Una vasija con agua,
 Un desgobernado catre,
 M \acute{a} s bien espanto del sue \acute{n} o
 Que cama en que se descansa,
 Fu \acute{e} el ajuar que concedieron
 A Hidalgo los gobernantes;
 Pero Hidalgo est \acute{a} risue \acute{n} o,
 Chancea con sus guardianes,
 Est \acute{a} alegre, cual si viese
 A sus amigos triunfantes,
 Sin sentir duelo en el alma
 Con su suplicio delante
 A veces, cuando comia,
 Para \acute{a} la sombra hacer fraude,
 Con una pua trinchaba
 Sus ordinarios manjares,
 Y encubria el contrabando
 De la luz pura y el aire.
 La v \acute{i} spera del suplicio
 Viendo \acute{a} Vaca demudarse,
 Mi \acute{e} ntras comia contento,
 Le dijo: "Sosiego, padre,

"Que yo soy quien carga al muerto,
 "Y pesado no se me hace;"
 Siguiendo en festiva charla
 Con todos los circunstantes.
 En las paredes del cuarto
 Letreros varios halláronse
 Que los celosos esbirros
 Destruyeron suspicaces.
La lengua guarda el pescuezo
 Logró á la muerte escaparse,
 Y lo repitió Chihuahua
 Volando entre sus refranes.
 Su corazon generoso,
 Agradecido y amante,
 Le consagró al Cabo Ortega
 El verso que da realce
 A su ternura exquisita
 Y á sus sentimientos grandes,
 Que pues lo canta la historia,
 Permitid que yo lo estampe.

"Ortega, tu crianza fina,

"Tu índole y estilo amable,

"Siempre te harán apreciable

"Aun con gente peregrina.

"Tiene proteccion divina

"La piedad que has ejercido

"Con un pobre desvalido

"Que mañana va á morir,

"Y no puede retribuir

"Ningun favor recibido."

Y esa musa sonreia

Entre el vapor de la sangre,

Dirigiéndose afectuosa

Así á don Melchor de Guaspe:

"Melchor, tu buen corazon

"Ha adunado con pericia

"Lo que pide la justicia

"Y exige la compasion.

.....

"Das consuelo al desvalido

"En cuanto te es permitido:

"Partes el postre con él;

"Y agradecido Miguel

"Te da las gracias rendido."

¡Qué tristes son los verdugos
 Junto á hombre que tanto vale!
 ¡Qué infelices los tiranos!
 ¡Qué asquerosos sus secuaces!
 En el dia del suplicio,
 Los hombres de las ruindades
 Le mermaron la medida
 Del alimento constante.
 Él lo notó, replicando
 Con cierto burlon donaire:

"Ya que me quitais la vida,
 "No mermeis el chocolate"...
 En camino del suplicio
 Detúvose unos instantes
 Para pedir unos dulces
 Que en su mesa han de encontrarse.
 Trajéronlos, tomó algunos,
 Y los demas los reparte
 Entre los mismos soldados
 Que pronto van á matarle.
 ¡Qué odiosos son los verdugos
 De nuestros heróicos padres!
 Y cuando el sol de la historia
 Toda su grandeza aclare,
 Surgirán en medio al mundo
 Con sus tallas de gigantes,
 Y esos, cual viles insectos
 Royendo sus pedestales.

ROMANCE DE LA MUERTE DE HIDALGO.

Alza ¡oh muerte! en medio al pueblo
 Tu esqueleto descarnado;
 Y con esa voz que vibra
 En las almas con espanto,
 Dile cómo Hidalgo el grande
 Cayó rendido en tus brazos,
 Y refuerza sus acentos
 Para que crucen los años.
 En la portada de Agosto
 Se reflejaba el sol claro;
 La ciudad está desierta
 Y silenciosos los llanos;
 Escuchábase con miedo
 El resonar de los pasos,
 Cual si perturbar temieran
 De un moribundo el descanso,

O despertar de su sueño
 Al tigre mal resguardado.
 Nada revelan las voces,
 Y nadie interrumpe el tráfico;
 Pero se ve en las miradas
 Cierta intenso sobresalto,
 Prontos á llorar los ojos,
 Prontos á gemir los labios,
 Y el sol como amarillento,
 Y cual de luto el espacio.
 Como silenciosas nubes
 Caminan en vuelo tardo
 Grupos de gente del pueblo,
 Que hasta el hospital llegando,
 Se dispersan y se pierden
 Sin dejar ni leve rastro.
 La plaza está solitaria,
 El cuartel está cerrado,
 Y créese percibir el vulgo,
 O percibe, rumor raro,
 Que traduce misterioso
 Su conmoción ocultando
 Fanáticos en los templos
 Oran y derraman llanto
 Porque ven al Sacerdote,
 Al de Dios vivo traslado,
 Al que las llaves del cielo
 Colocó Dios en las manos,

Entregado á los verdugos,
 De la Iglesia excomulgado,
 Al cielo y á sus grandezas
 Delincuente desertando.
 Y entónces de los infiernos
 Mirándole como aliado,
 Mezclan acciones de gracias
 Al gozo de los tiranos,
 Y Satanás se sonríe
 De tan sacrílego escándalo.
 Algunos en las alturas,
 Junto al hospital nombrado,
 Parecen seguir del drama
 Los conmovedores cuadros.
 Ya se forma espesa valla
 Desde la prisión de Hidalgo
 Hasta la pared maciza
 Que cierra el segundo patio:
 Ya se distingue un gran grupo
 Y véese en el centro á Hidalgo;
 A su lado el Padre Rojas,
 Y otros padres á sus lados:
 Ya se percibe confusa
 La voz del bélico mando,
 Y marcha la comitiva
 Muy lúgubre, y paso á paso.
 Hidalgo va descubierto,
 Su capa negra flotando;

Era negro su vestido,
 Ni pulcro ni descuidado.
 Va grave, mas sin tristeza;
 Erguido, sin intentarlo;
 Marchaba como marchaba
 En su ignorado curato,
 De los pueblos bendecido
 Y de los pueblos amado,
 El bien, la paz y el contento
 Diligente derramando.
 Detúvose un solo instante,
 Porque dejaba olvidados
 Unos dulces, que apacible
 Les dió á los que le mataron.
 Fila de estatuas parece
 La valla de los soldados,
 Tanta grandeza del Cura
 Con lágrimas contemplando.
 De pronto pavor horrible
 Como que interrumpe el acto,
 Y se duda, y se vacila,
 Y hay miedo, terror y pasmo.
 Miéntras se formaba cerco,
 Que suele llamarse cuadro,
 Aislado entónces se aparta
 Al centro, sereno, Hidalgo,
 De majestad y de gloria
 Y fe sublime radiando.

¡Ay! los que le hubieran visto,
 Y los que hubieran mirado
 El valor de sus verdugos
 Y de aquel heróico anciano,
 Ni en argucias de doctores,
 Ni en sutilezas de sabios
 Desfogaran su impotencia
 Derramando comentarios.
 Hidalgo mira de frente
 Preparar á los soldados;
 Se arrodilla en un banquillo
 Que pusieron de antemano;
 ¡Estalla el trueno! las balas
 Vestido y carne rasgaron;
 Respetaban su cabeza
 Guardándola para escarnio.
 No espira el héroe, convulso
 Y en el suelo derribado,
 Nuevas heridas su cuerpo
 Hacen, traidoras, pedazos;
 La noble cabeza, intacta,
 En roja sangre nadando,
 Mantiene abiertos los ojos,
 Fijos, apacibles, claros,
 Como bendiciendo al pueblo
 Y á la traicion perdonando.
